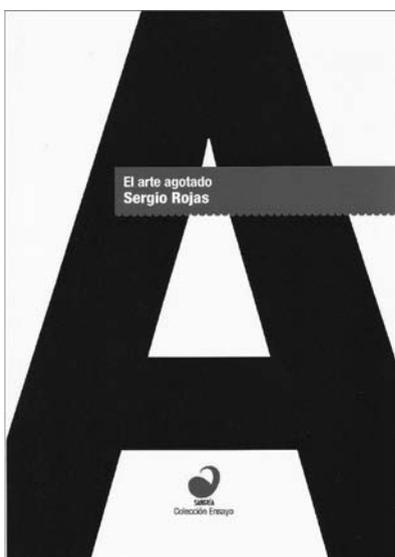


# EL INDIVIDUO ES EL LUGAR AL QUE SOMOS RELEGADOS

## SOBRE *EL ARTE AGOTADO* DE SERGIO ROJAS

Rodrigo Zúñiga



REPASAR LAS PÁGINAS de *El arte agotado. Magnitudes y representaciones de lo contemporáneo* (2012), la última entrega de Sergio Rojas a cargo de ediciones Sangría, después de la gratificante lectura de los nueve ensayos reunidos en el libro, significa reanudar, con otro ritmo (más lento, más selectivo, más azaroso), la exposición del lector a un *pensamiento* original, a un pensamiento *urgente*. En el curso de la primera lectura, uno va siguiendo con avidez una narrativa filosófica de alto rango; luego, en el recuento, en el repaso, se va reparando en cambio en el trazo largo de esa narrativa, en el proceso argumental, en el tema con variaciones. A decir verdad, ya a poco andar el lector sabrá reconocer los ejes de la reflexión

propuesta por el texto: la escritura de Sergio gana fuerza en las variaciones sobre temas, variaciones que van acompasadamente haciendo emerger, con precisión y llaneza, tales ejes fundamentales. Son tiempos, son dinámicas muy distintas: del tiempo largo de las tesis fundamentales, pasamos al tiempo de las variaciones sobre temas y de las reanudaciones temáticas. Y también, por supuesto, al tiempo depurado de la frase corta, prensil, sintética. *Tempos*: Sergio escribe orquestando sinfónicamente, pero matizando y derivando en pasajes, en fracciones y segmentos que construyen vetas de tiempo distintas, tramadas al unísono. Sobre el *tempo* depurado de la frase corta, tenemos, por ejemplo, el inicio: «Los materiales que dieron

cuerpo a este libro han sido en parte el producto de una inquietud, provocada por el *sentimiento de haber llegado después de todo lo que hubo y antes de todo lo que habrá*» (p.17). Pocas veces se tiene ocasión de encontrar una frase tan contundente, tan intensa y —mérito recurrente en Rojas— tan rigurosa. Son los *tempos* delicados que a veces el autor condensa, como en este ejemplo, con notable eficiencia. Al comienzo del libro, en las primeras cuatro líneas, ya sabemos de una inquietud profunda: «haber llegado después» y «antes de todo». A partir de esos *tempos*, en el primero de sus ejemplos, en la primera frase, en ese *entre-ambos* de la postrimería y la antecedencia («*después de todo lo que hubo y antes que todo lo que habrá*») ya sabemos que el libro tratará del problema de la temporalidad.

La sensibilidad filosófica de Sergio Rojas ha rendido, durante años, destacadas contribuciones para pensar la situación del sujeto contemporáneo. Parte importante de su quehacer filosófico gira en torno a la matriz estética moderna, a sus quiebres, a sus rearmes, a sus expugnaciones y sus sobrevivencias. No es extraño, para quien haya seguido de cerca la producción intelectual de Rojas —centrada precisamente en esas secuencias históricas donde parecemos ser testigos del des/madre de la matriz, sea que hablemos de la escritura neobarroca<sup>1</sup> o de la obra de arte de vanguardia, de la crisis de la historiografía o del cinismo contemporáneo— no es extraño, digo, que *El arte agotado* pueda leerse, parcialmente al menos, como un punto de arribo: aquél que señalaría, en el problema de la temporalidad y de la temporalización histórica en la era del *agotamiento*, un lugar decisivo para definir la naturaleza de lo «*post*».

Recuerdo haber participado, años atrás, en la Casa Central de la Universidad de Chile, del lanzamiento de *Imaginar la materia. Ensayos sobre filosofía y estética* (Editorial Universidad Arcis, 2002), y de haber escrito una reseña (destinada a la primera versión de la revista *Extremoccidente*) de *Materiales para una historia de la subjetividad* (La Blanca Montaña, 2000). Por supuesto, aparte de esos dos excelentes volúmenes recopilatorios, he tenido oportunidad de conocer de cerca el camino reflexivo de Sergio en innumerables circunstancias con el correr de los años y puedo dar un testimonio autorizado como lector, de lo que apuntaba en el párrafo anterior: que el concepto de *agotamiento* ilustra muy bien una reflexión en torno a la temporalidad, a la historicidad y la narratividad, que componen una tríada eminente en el pensamiento de Rojas y que hallaría, ahora, un momento de máxima condensación. Como es usual en la argumentación de Sergio, el escrito abunda en ejemplos y discusiones altamente aclaratorios. Hay un elemento, empero, que me ha llamado mucho la atención, por la agudeza del análisis en que está enmarcado y por las consecuencias que acarrea. Es aquél relativo a la noción de *individuo*. Ya sabemos, por el título, que el libro trata de las *magnitudes*. Un ensayo decisivo en este volumen lleva por título «*Cuerpo y globalización: escalas de la percepción*»; otro, «*Individuo y comunidad en el arte contemporáneo*»; el epílogo, «*¿Cuánto tiempo toma el fin? En los*

---

1 Cf. Sergio Rojas (2010), *Escritura neobarroca*. Santiago: Editorial Palinodia.

*límites de la representación*». El individuo, las magnitudes, el agotamiento: un componente *escalar* toma vigor en el pensamiento de Sergio Rojas. Ahí donde cualquiera, siguiendo un protocolo tácito de la institución filosófica reciente, podría desviarse por una tesis sobre el capitalismo, Rojas, sin perder de vista en ningún minuto el capitalismo neoliberal, prefiere instalar otra perspectiva: en la percepción *escalar*, el sujeto parece forzado a la desublimación. Vivimos en el vaivén entre sujeto e individuo. Esta tesis me parece sorprendente, por su sencilla lucidez.

Veamos todo lo que viene con esto. Nuestro autor escribe: «el individuo es el lugar hacia donde la subjetividad está siendo relegada, subsumida en los procesos de magnitud irrepresentable que hoy condicionan la existencia de los hombres»<sup>2</sup>. Anoto otra cita: «Hoy la subjetividad se piensa a sí misma como el producto de las *condiciones técnicas* de existencia de la sociedad contemporánea: globalización del capital, redes planetarias de información y la inquietante lucidez tecnocrática, que trae consigo el supuesto *fin de las ideologías*»<sup>3</sup>. Y permítanme otro extracto sobre el mismo punto: «el presente —nuestro presente— nos cerca hoy como una situación en la que *no tenemos opción* debido en parte al desprestigio del conflicto político, lo que implica de manera fundamental la decadencia de la *representación* en política y la naturalización de las prácticas neoliberales. ¿No es de esta manera que se hace sentir el agotamiento del tiempo histórico por obra de la técnica?»<sup>4</sup>. Llamo la atención sobre la lógica de la escala y de las magnitudes implicada en el análisis, la lógica *escalar*. Habría aquí, aparentemente, un abismamiento del sujeto. O una reducción: la «caída» de sujeto a *individuo*. Una vulnerabilidad radicada en la perplejidad psíquica, en la proletarización psíquica: nuestros procesos de simbolización y de elaboración de la experiencia se precipitan ellos mismos a una vulnerabilidad que nos deja sin protección, expuestos a flujos de transformaciones globales que apuntan, por si fuera poco, todas ellas, a la sobre-demanda de responsabilidades centradas en el individuo (en la idea, por ejemplo, de que el individuo debe probar continuamente sus competencias como gestor de sí mismo y administrador de su propio capital humano y del de su familia). Sergio, con toda razón, verifica en este proceso el recurso a lo que yo llamaría una *desubjetivación planetaria*.

Lo anterior, tal como nos lo enseña este libro, acarrea sus consecuencias teóricas. Una de ellas —me arriesgo a plantear— es que tal vez ésta ya no sea la época de la subjetividad —y sí, acaso, la época del *individuo*. Así es como leo el lugar que ocupa esta publicación en la trayectoria intelectual de Sergio: como el libro que avanza algunos argumentos en la línea de un punto crítico, sin retorno, en el vaivén entre sujeto e individuo. Ésa es su manera, decía antes, de referir los procesos del capitalismo global. Por ello es que, en una de las citas que leí un mo-

2 «Cuerpo y globalización: escalas de la percepción», p.43.

3 «La tela-pantalla: reflexionando el agotamiento de la representación», p.243.

4 «El agotamiento estético de la crítica en el arte contemporáneo», p.303.

mento atrás, se habla de la «inquietante lucidez tecnocrática». Y es que el autor opera en esta frase una transferencia reveladora: transferencia de la lucidez por fuera del sujeto en el que, modernamente, la lucidez se encarnaba (ironía romántica, humor negro, cinismo...). No se trata, como es lógico, de que el sujeto padezca de una capacidad de simbolización definitivamente marchita o extinta (Rojas acota más bien que la función simbólica está «reseca»<sup>5</sup>), pero el escenario de las perplejidades ya nos resulta abismante. Es entonces cuando el texto mejor se deja leer como una reflexión sobre la técnica, asumiendo la radicalidad heideggeriana del problema, y cuando, al mismo tiempo, incide en algo como una definición del *obrar* técnico. ¿A qué apunto con esto último? A que la técnica, diríamos con Sergio, desencadena lógicas operativas y reproductivas en razón de las cuales tiene todo sentido apostar la dirección de los flujos y de los procesos a una *ratio tecnocrática* autonomizada. El problema es que ese sentido nos arroja a la experiencia cotidiana del más devastador de los sinsentidos. Pareciera como si nada sucediera a escala humana: cuando decimos «escala humana», hacemos mención de una redefinición parcial de procesos mucho más complejos, redefiniciones que, además, deben ser conquistadas por sujetos cada vez más «individualizados», fraccionados. Pero no se trata en ningún caso de que el texto de Rojas ostente una visión fúnebre y naturalizada del horror técnico. Se trata, más bien, de poner en evidencia que la desubjetivación planetaria de los procesos globalizados es *productiva* en muchos sentidos; por ejemplo, *produce individuos*. «Producción de individuos» podría ser una categoría a trabajar a partir del texto de Sergio Rojas —en la veta, claro está, de una hipótesis alterna a aquélla tardomoderna de la «producción de subjetividad», que se imbrica de manera cada vez más inquietante con esta última y que impulsa, además, una intensa sensación de agotamiento de la temporalidad, de la historicidad y la narratividad —todas las cuales nombrarían conceptos fundantes y articuladores de la experiencia de la subjetividad, pero no necesariamente de la «individualidad».

¿Qué sería ahora, entonces, *imaginar*? Vuelvo sobre algo a lo que aludí antes: si reconocemos en la obra filosófica de Sergio una ponderación siempre cuidadosa del lugar del sujeto ante la tarea de «imaginar la materia», en este otro caso, en los ensayos que dan vida a *El arte agotado*, añadiríamos una variante nueva de sumo interés. *Imaginar* aparece como una vocación a que el sujeto no puede abdicar, so pena de ser reducido (casi en el sentido biopolítico de la «reducción») a la condición de *individuo*. Claro, en muchas circunstancias no tenemos problemas en reconocernos como individuos. El problema es cuando la sobre-individualización y la de-subjetivación se acompañan y refuerzan mutuamente. Aquí se abre, digamos sin siquiera exagerar, el flanco de una batalla. Batalla en clara desventaja, pero a la cual el sujeto, siempre a punto de recaer en «mero» individuo, no puede renunciar de antemano. Es la batalla por «ser sujeto», por la *re-subjetivación*. Corrijamos: no se trata de «querer ser» sujeto, sino de abrir curso a la resignificación simbólica de

---

5 «Cuerpo y globalización: escalas de la percepción», *op.cit.*, p.73.

lo experienciable. En eso *requerimos ser sujetos*. El agotamiento de la subjetividad ante el poder técnico<sup>6</sup>, deja ver el análisis de Sergio, alcanza también a la «voluntad de arte», como diría Alois Riegl, o a la capacidad de simbolización, para plantearlo en términos freudo-nietzscheanos; lo que está en juego, sin embargo, en estas crisis de debilitación o agotamiento de la capacidad de simbolización, es algo como la posibilidad de rehabilitación del espacio subjetivo, de la escala humana, de la escala contextual, en una palabra: de la *percepción* apropiadora, orientadora, de lo que *nos* sucede, de lo que *experienciamos*.

Sergio usa una bella fórmula para sancionar esta cuestión. Dice, en más de un lugar en su libro, que el arte debe *dar* «a no entender». Eso puede a su vez entenderse de muchas maneras, pero nuestro autor hace referencia a que el arte contemporáneo «se detiene en la catástrofe demorándose en el orden significante»<sup>7</sup>. La rehabilitación de la *percepción* apropiadora supone una narrativización, pero esa narrativización no puede en ningún caso obviar las rasgadas que la han alcanzado en los procesos estéticos de los últimos siglos. La representación es algo mucho más complejo que simplemente «re-presentar». En la era global de la computación, como señala Lev Manovich, la próxima etapa en la evolución de los medios apunta a valerse de nuevas tecnologías para archivar, organizar y acceder de manera eficiente al universo de datos disponibles<sup>8</sup>. Habríamos pasado de los medios de la acumulación de registros a los medios de organización de esa enorme cantidad de datos disponibles. Organización y archivo: producción de narratividades. Narratividad: subjetividad. Ante el tiempo de los procesos autonomizados, ante el tiempo de las perplejidades inoperantes, estamos entregados, aún sea por sobrevivencia, a la recuperación de los bagajes estéticos para habitar un mundo sostenidamente más complejo, sostenidamente menos necesitado del sujeto para su funcionamiento eficaz.

El *agotamiento* como categoría filosófica, como categoría de la temporalización histórica sobrellevada por la técnica, agiliza la brillante reflexión que Sergio Rojas ha plasmado en este libro lleno de preguntas, de finos análisis, de luces y asombros. Decía, en unas líneas iniciales, que el lector encontrará acá un pensamiento original, un pensamiento *urgente*. Soy de los que agradecen enormemente este tipo de gestas del pensamiento. Un pensamiento —dicho esto con todo el vigor que la palabra exige— es de las cosas más escasas que existen. Invito a los lectores a adentrarse en los rigores y en los vigos que este pensamiento nos regala. Sergio Rojas, el filósofo, inventa nuevos caminos para problemas urgentes. No necesita rendir el protocolo de lo que ha leído, de lo que debe ser citado, de lo que habría que enunciar. Sólo lo hace si el pensamiento, *su* pensamiento, así lo exige. Una firma filosófica que nos enseña el camino de su reflexión: en una época de pocas certezas, sea ésta, al menos,

6 *Loc. cit.*, p.243.

7 «La gravedad de la historia: ¿acontecimiento o proceso?», p. 97.

8 Lev Manovich (2001). *The language of new media*. Cambridge, Massachusetts, London, England: The MIT Press, p.35.

una de las garantías más importantes que nos pueda rendir el trabajo de un filósofo, y que el lector hallará, de sobra, en el libro que hoy me complace presentar.

*Santiago, septiembre/diciembre de 2012*